

El Obispo de Vitoria señaló á la Reina las condiciones que debian mediar para que el reconocimiento viniera ajustado á las eternas bases de la moral católica: «Hoy, decia, que el Gobierno de V. M. cree llegado el caso de reconocer dicho reino de Italia salvando los intereses del Catolicismo y los respetos de la Santa Sede, los obispos que viven en medio de los fieles y que recogen sus sentimientos y sus votos, cumplen el estrecho deber de manifestar por sí y á nombre de sus diocesanos que se proceda en asunto tan delicado con exquisita meditacion, á fin de obtener homenaje respetuoso á la Religion que profesan doscientos millones de católicos; veneracion profunda á la suprema autoridad del Vicario de JESUCRISTO, á su doctrina, á sus protestas, á sus censuras; restitution integral á la soberanía temporal de la Iglesia, merecida en prolongado martirio, fundada por príncipes religiosísimos y conservada por la Providencia como necesidad y prenda del libre é independiente ejercicio del poder espiritual; y en todo evento y siempre contando como buenos hijos con el pleno consentimiento de nuestro augusto Padre el Soberano Pontífice, que nos continuará sus bendiciones de amor y nos librará de la incursion en las penas eclesiásticas que ha fulminado en nombre del cielo...»

Tal fue el lenguaje de todo el Episcopado.

Sin embargo la alta política carece de sentimientos; obra siempre por cálculo; así es, que los Ministros continuaron preparando el reconocimiento, á pesar del voto del Episcopado y de las centenares de exposiciones elevadas de todos los puntos del país y cubiertas con mas de un millon de firmas.

La Italia fue reconocida, pues, por la España, con la circunstancia agravante de que las naciones que la reconocieron en 1861 podian hacerse la ilusion de que la tutela de Europa encausaria las pasiones sobreexcitadas; empero ya semejante ilusion quedó desvanecida por completo durante los cuatro años que mediaron hasta el reconocimiento por la España, pues durante aquel período ni los ánimos se pacificaron, ni los gobernantes se contuvieron, ni la administracion se organizó, ni creció el respeto á las cosas santas, antes al contrario púsose en evidencia que el reino de Italia era el punto central de la agitacion europea, el laboratorio donde confeccionaba sus planes la revolucion cosmopolita.

Á Pio IX le impresionó vivamente el inoportuno paso del Gobierno español. Fue el golpe descargado sobre el padre por la hija predilecta; natural era que fuese vivísimo el dolor que le causara. Mas el destino del gran Pontífice es que su pontificado sea comparable á una larguísima calle de amargura.

## CAPITULO LXII.

CONSUELOS Y ACTIVIDAD DE PIO IX.—TESTIMONIOS DE APRE-  
CIO RECIBIDOS.—RESTAURACION DE LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO Y DE LA ÓR-  
DEN DE JERUSALEN.—CONVERSION DE LOS BÚLGAROS.—EL EMPERADOR DE  
MÉJICO EN EL VATICANO.

EMPERO al través de la calle de Amargura, Pio IX ha encontrado piadosas Verónicas que han enjugado los sudores de su rostro, y sensibles hijas que han llorado por sus penas. Si algunos monarcas, faltando á sus régios deberes, han vuelto la espalda al augusto representante de JESUCRISTO, otros han dado pruebas de inquebrantable fidelidad, y lo que es mas satisfactorio, no ha faltado quien, levantándose de las tinieblas del gentilismo en que se hallaba envuelto, envió sincero mensaje en reconocimiento y adoracion de la verdad y de la justicia en el Pontífice representada.

En 1859 el Rey de Tigré, soberano de la Abisinia, en la Etiopía, envió á Roma una diputacion encargada de deponer en manos de Su Santidad la abjuracion de sus antiguos errores, y la ilimitada adhesion á la fe apostólica romana.

Pio IX, comprendiendo el valor de aquel paso, al recibir á la diputacion levantó los brazos al cielo, y dejando que la ternura humedeciese sus ojos, presentóse, segun informó á su soberano el intérprete Sapeto, con un aire de inefable placer. El Vaticano vió reproducido en aquel día el gozo del buen Pastor al cargar sobre sus hombros la oveja perdida; la alegría del padre de familia que estrechó contra de su pecho al hijo pródigo.

Sublime, inspirado estuvo Pio IX, cuando fijas al cielo las miradas, desprendiéndose de sus sentidos corporales, no pensando sino en Dios y en las delicias de su Iglesia quedó estático, mudo, suspenso, pensativo, durante algunos instantes; pero cuando fijó los ojos sobre la comitiva portadora de la sumision del rey Negoussié, empezó á expresar lo que su inmenso corazon



sentía, fue como si el Vesubio abriese el cráter; «¡Hijos míos, exclamó, que Dios os bendiga, que su bendición descienda sobre de vuestro Rey, que descienda sobre vuestra Etiopía! Dadle gracias vosotros, hijos míos, por el don admirable de la fe que os ha convertido en hijos de JESUCRISTO. ¡Ah! queridos míos, sí, yo suplicaré por vosotros con todo el fervor de mi alma, puesto que este es el auxilio que puede daros mi sacerdotal amor. Dios coronará la obra que habeis empezado.»

Y por cierto no era inmotivado el entusiasmo, la profunda sensación que sintió Pro IX aquel día.

En la época de los divorcios escandalosos crece sobremanera el valor de los espectáculos de edificante unión; cuando la lucha del sacerdocio y del imperio se provoca con nuevas fuerzas y recrudescen vigorosamente los combates entre los poderes temporales y el eterno, el espíritu se abre á la esperanza mas risueña, viendo que soberanos de luengas regiones acuden á depositar sus conciencias en el santuario de la fe católica.

Instintivamente recuérdase que la Europa era un campo estéril en virtudes cuando el África sembrada de moralidad producía frutos tan sabrosos como el espíritu del sábio de Tagaste; instintivamente se piensa también en la posibilidad de que vuelva el África á ser el campo de las divinas predilecciones, dado que la Europa siguiera endureciendo su corazón y enervando sus creencias; cuándo se ve al Rey de Etiopía venir á Roma ¿cómo se olvidaría que los Reyes de Sabá y de Arabia, marchando hácia Belén, llevaron en pos de sí á la universal gentilidad?

Por aquellos días visitó la capital de la cristiandad el príncipe de Gales, y si bien llevando inseparables de sí las absurdas preocupaciones del protestantismo, no pudo menos de expresar su admiración por las grandezas católicas que tienen en Roma su glorioso centro. Varias veces visitó al Padre Santo, cuya respetuosa presencia é ingenuidad evangélica conquistaron en su corazón de príncipe vivas simpatías; al despedirse de Su Santidad, el heredero de la corona inglesa le dijo conmovido: «Beatísimo Padre, si algún día os viérais obligado á abandonar este noble suelo de Roma, Inglaterra se vería honrada en que escogiérais una de sus posesiones por puerto de hospitalidad.»

¡Triste cosa es que el protestantismo sea el que haya de ofrecer consuelo y amparo al Padre en la fe, á causa de las persecuciones de algunos ingratos príncipes católicos!

Pro IX recibió también una expresión de filial cariño del rey Fernando II de Nápoles, momentos antes de espirar; y algunos meses después, la duquesa destronada de Parma, otro de los raros ejemplares de la típica y tradicional mujer cristiana, la que en sus días de prosperidad y en sus azarosos contratiempos no dejara de observar á Roma, como á la estrella que mejor pudiera conducirla por el sendero de la justicia, doliente de terribles males, viaticada, moribunda, reuniendo en su corazón y en sus labios los últimos alientos de su generosa vida, dijo: *¡Oh Señor, aceptad mi enfermedad y mi muerte como un sacrificio voluntario que os ofrezco para que se alejen de la Silla apostólica los peligros que la rodean.*

Expresiones dignas de sellar la vida de una egregia princesa cristiana.

La nobleza romana, glorificada en todo tiempo por la benevolencia de los Pontífices, no podía permanecer silenciosa en las aflictivas circunstancias en que se encontraba la Santa Silla; así es que dió una verdadera satisfacción y

gozo á Pro IX dirigiéndole una exposición concebida en los siguientes términos:

«Santísimo Padre: profundamente afligidos por la lectura de varios folletos publicados por la prensa revolucionaria con el objeto de presentar á los pueblos sometidos á vuestra autoridad en actitud anhelante de emanciparse de un yugo que calumniosamente se califica de insostenible, los infrascriptos se creen en el deber de protestar á la faz de Europa. Dudar pudiera la Europa de nuestros sentimientos, si ante la energía de las discusiones hoy sostenidas, no hiciéramos ostensible manifestación de nuestra fidelidad y no renováramos el juramento de adhesión á vuestra sagrada Persona, juramento dictado por la conciencia de católicos así como por el afecto de súbditos.

«No pretenden aquí rivalizar con la deplorable astucia de los enemigos de esta fe que en otros tiempos ellos mismos aprendieron á venerar; mas, acudiendo á vuestra presencia, vuelto el rostro á la malignidad que ataca, á la deslealtad que hiere, sentimos necesidad de agruparnos junto á vuestro doble trono y de elevar la voz en favor de la integridad de vuestra independencia de soberano, ofreciéndonos enteramente al servicio de vuestra justa causa. Felices si esta expresión pública de nuestra fidelidad dulcifica las amarguras en que se abreva el corazón de Su Santidad; dichosos si Su Santidad se digna dar benévola acogida á este acto.

«De esta manera, Europa, engañada con tantos y tan perversos escritos, verá claramente que si hasta el presente el respeto, junto al temor de crear conflictos á un arreglo que se creía posible, impidió á la nobleza romana hacer esta pública expresión de sus votos, no obstante de que individualmente la formulaba ya, hoy la fórmula colectivamente, sin restricción, empeñando su honor y su fe ante el universo.

«Dignaos aceptar, Santísimo Padre, Pontífice y Rey, esta enérgica protesta, con el ofrecimiento ilimitado de la nobleza romana, llena de veneración á vuestro cetro real y á vuestro báculo de Pastor sumo.»

Firmaron la anterior protesta:

Los príncipes: Antici, senador.—Aldobrandini.—Orsini.—Colonna.—Borghese.—Chigi.—Drago.—Corsini.—Odescalchi.—Ruspoli.—Bonaparte.—Altieri.—De Viano.—De Campagnano.—Conti.—Ginori.—Massimo.—Santa-Croce.—De Montholon.—Barberini.—De Roviano.—Colonna.—Chigi.—Fr. Chigi.—Lorenzo Altieri.—Eugenio Ruspoli.—Fr. Ruspoli.

Los duques: Gaetani.—Salviati.—Grazioli.—Castell-Vecchio.—Braschi.

Los marqueses: Patrizzi.—Sacchetti.—Capránica.—Gavotti.—Origo.—Vitelleschi.—Clarelli.—Sacripante.—Josefo Sacripante.—Patrizzi.—Patrizzi Franc.—Sacchetti.—Longhi.—Theodoli.—Lavaggi.—Rici.—Antici.—Del Cuique.—Serlupi.—Lavaggi.—Miguel Patrizzi.—Bufalo.—Carolo Sacchetti.—Collicola.—Theodoli.—Villeteschi.—Cavalletti.—Jerónimo Cavalletti.—Mauricio Cavalletti.—Alejandro Cavalletti.—Gavotti.—Elgiati.—Antamoro.—Sougi.—Bourban del Monte.—Vincentini.—Ossoli.—Lepri.—Alejandro Lepri.—Juan Lepri.—Del Cinque.—Capránica.—Alejandro Capránica.—Dom Capránica.—Raggi.—Cavalletti.—Carlos Cavalletti.—Francisco Cavalletti.—De Gregorio.—Ferrari.—Gughelmi.—Origo.—Bufalo.—Francisco del Bufalo.—Pablo del Bufalo.—Juan Longhi.—Alberto Longhi.

Los condes: Cárdeili.—Francisco Malatesta.—Moroni.—Carlos Cardelli.—Della Porta.—Brazzia.—Carpegna.—Annibal Moroni.—Fernando Cardelli.



—Girad.—Muccioli.—Negroni.—Dandini.—Javier Dandini.—Antonelli.—Luis Lepri.—Agustin della Porta.—Lorenzo Soderini.—Ignacio Soderini.—Simonetti.—Nicolás Pagani.—Ángel Pagani.—Spada.—Luis Antonelli.—Sarrazani.—Compagnoni.—Bologneti.—Marsciano.

El baron Capelletti.

El comendador Chislieri.

Los caballeros: Antamoro.—De Vecchis.—Ricci.—Delle Cinque.—Sarrazani.—Mincato Ricci.—Luis Sarrazani.—Capelletti.—Sampieri.

No solo la nobleza sino tambien las clases industriales se gloriaban de expresar á Pro IX, con el respeto mas profundo, el cariño mas franco. El dia 25 de marzo de 1859 despues de haber Su Santidad asistido á la misa solemne de la Minerva, como es antigua costumbre, recibió á una diputacion de la empresa del camino de hierro de Civitavecchia.

Acababa de llegar el primer convoy de prueba. Mr. Hubert de Brouse, empresario del camino, y el ingeniero en jefe Mr. Oudry, concibieron la feliz idea de ir á depositar á los piés del Soberano Pontífice, sucesor de Pedro el Pescador, el producto de la pesca hecha durante la noche que precede á la fiesta de María. Habian salido por la mañana, llevándose los pescadores de Civita y de Palo, en número de doscientos cuarenta, con sus peces en las banastas, adornadas de césped y de follaje.

Dirigióse primero esta comitiva á San Pedro, en donde depositó su ofrenda y oyó misa á petición de los empresarios, que quisieron dar gracias á Dios por la realizacion de su empresa, y despues subió al Vaticano. Sabedores Mr. Debrousse y Mr. Oudry de que Su Santidad se hallaba en Minerva, dirigieronse allí, suplicando á Su Santidad que recibiese las primicias de su pesca, y que fué á bendecir á aquellas honradas gentes que le esperaban en el *salon Régio* del Vaticano. Pro IX, seguido de su comitiva de príncipes y prelados, al penetrar en aquel magnífico salon, que separa las capillas Sixtina y Paulina, encontró á todos los pescadores cargados con sus banastas. Lágrimas de júbilo asomaban en todos los ojos. El semblante del Papa brillaba con aquella sonrisa que uno no olvida nunca cuando tiene la dicha de verle. Todo cuanto encierra de gracia ingeniosa y fecunda la imaginacion del pueblo italiano, se habia empleado en el adorno de las banastas. Conforme al antiguo precepto: *Rhombus inter pisces, sicut tordus inter aves*, la mayor parte de aquellas banastas rebosaban de peces, simétricamente colocados, cada uno de ellos con una flor en la boca. Habia sido tal la abundancia de la pesca, que Pro IX dijo felicitándose por ella: «Veo que es inútil renovar el milagro de la «multiplicacion.» Despues sacó de la banasta que le fue presentada un papel que contenia una composicion poética que vió la luz en el *Diario de Roma*.

El pueblo representado por los pescadores; el progreso representado por la comision de la empresa, y el proselitismo católico, la fecundidad del Cristianismo representado en las cuatro mil libras de pescado cubierto de flores, todo se unió para dar al Pontífice un testimonio de adhesion.

No, no hay en la tierra poder alguno que reciba testimonios de tan entrañable cariño como el del soberano Pontífice, que con ser el que de mas alta é imponente dignidad se halla investido, conserva con sus súbditos relaciones de ternura familiar. El hecho que consignamos es de ello incontrovertible prueba.

La composicion poética que el Papa leyó enternecido, decia:

PIO IX *pontifici maximo*.

Maxime Piscator, cui retia credita Petri  
Cimbaque tartareis numquam demersa procellis,  
Has tibi Primitias offert via ferrea, piscem  
Agnore Tyrrheno captum, dum surgit ab undis  
Virginis almæ dies, Stygium qua conterit anguem,  
Accipe: sit piscis prædæ majoris imago,  
Namque per Ansonios cæleri jam tramite campos  
Undique transvecta Romana ad mænia gentes  
Largius advenient. Tu retia mistica tendes  
Armaque perfringens, orbem quæ seva minantur,  
Divinum attoles optatæ pacis olivum.

Los que pretenden que el Catolicismo está reñido con el progreso legítimo de los pueblos, pueden ver por el acto que acabamos de consignar, como á la sombra del Pontificado se desarrollan y aplican los adelantos del ingenio humano. Los súbditos del Rey Pontífice no están condenados como algunos pretenden á carecer de las comodidades legítimas de la vida moderna; Pro IX fomentó las vias férreas en el territorio confiado á su gobierno temporal.

No fueron solo los sencillos pescadores y los calculistas empresarios lo que en aquellos dias de prueba quisieron dar á Pro IX testimonios de respeto y cariño; los canónigos de la catedral de Orta determinaron darle una muestra estimable de sus sentimientos filiales.

Mons. Tenderini, antiguo obispo de aquella diócesis, quien llevó su virtud á la region de la santidad, y es tenido ya como á venerable por la Iglesia, habia conservado como reliquia preciosa la capilla que usaba el santo pontífice Inocencio XI. El cabildo de Orta comprendió bien que el destino de aquella prenda era mas alto que el de un retiro, por mas que fuese atento; las especialísimas circunstancias del pontificado de Pro IX excitarian el celo y el entusiasmo de alguno de los capitulares para conseguir la presentacion de la capilla al Papa, como en efecto se efectuó.

Pro IX admitió, con la amabilidad que le caracteriza, el histórico don, y él, que ya contaba entre sus prendas la cajita en que un *Pio* desgraciado se llevó el *Santísimo Sacramento* en su destierro, cubrió sus espaldas con la muceta que habia cubierto las del grande Inocencio XI.

¡Cuántos símbolos providenciales en la vida de un hombre!

Y no será por demás evocar aquí los distintivos del corazon del que se cubrió en el siglo XVII con la muceta que ha cubierto los venerandos hombros del gran Papa del siglo XIX.

Inocencio XI empezó su pontificado con felices y atrevidas reformas, dando á sus Estados direccion propia é independiente; austero para sí, tomó por lema de su gobierno la benignidad; poco amigo de privilegios, declaró guerra de exterminio á los abusos; logró equilibrar los presupuestos de su Estado en la época en que todos los economistas esperaban la bancarota de aquella Hacienda.

Solo un Pontífice revestido de dotes tan elevadas podia hacer frente á los proyectos egoistas de Luis XIV, quien se señoreaba del mundo por su fama.

Y no obstante su nervio, su virtud, su ciencia, su grande idea y su mayor corazon dieron á Inocencio un espíritu de dominio que llegó á enervar, á hu-



millar ante su influencia á un rey, cuya grandeza era apoyada y sostenida por los róbustos é inmortales brazos de Colbert y Bossuet.

Verdad es que el gran Rey declaró finalmente en medio de su muelle atmósfera la lucha al poder del espíritu y de la virtud; verdad es que Luis XIV llevó su influencia hasta la usurpacion; sin embargo la inflexibilidad de Inocencio en la lucha es aun mas admirable que su mansedumbre en la paz; Inocencio presentándose á los siglos y á la Iglesia como una víctima de dolor por el inconveniente aspecto de los asuntos religiosos de Francia con relacion á la Santa Silla, acabó de dar la última pincelada á su figura clásica; Inocencio XI encontró la corona mas preciosa de su pontificado en el sepulcro.

Tal fue el corazon que se cubrió con el paño que cubre el de nuestro venerable Pio.

No debemos señalar la analogía que existe entre la mansedumbre de este y la de aquel; entre la inflexibilidad del uno y la del otro; la benignidad de Inocencio XI brilla en la amnistía dada por Pio IX; el *non possumus* de Pio IX á la revolucion es el *non licet* de Inocencio XI á Luis XIV.

En medio de las agitaciones de su pontificado Pio IX ha llevado á cabo importantes obras.

Corriendo uno de los mas turbulentos períodos de su pontificado y mientras los adversarios de la gloria de la Santa Silla, con el pretexto de urgencias políticas, procuraban amenguar la fuerza de su autoridad espiritual combatiendo su temporal soberanía, Pio IX siempre amigo de ofrecer contrastes prudentes con las obras del siglo, concibió la idea de restaurar el monumento consagrado á la Cátedra de san Pedro.

Digno es de ser conservada y glorificada por Roma y por la cristiandad la silla en que se sentaron el primero de los vicarios de JESUCRISTO y sus martirizados inmediatos sucesores.

El talento arquitectónico de Bernini estuvo feliz en la realizacion del monumento á aquella preciosa cátedra levantado: las colosales figuras de san Ambrosio, san Agustin, san Atanasio y san Juan Crisóstomo, sosteniendo con sus manos el trono de metal que sirve de relicario á la venerable Silla, constituyen un grupo bien combinado, que revela un signo elocuente de perpetuidad; mientras que las nubes de gloria y las jerarquías angélicas y las alas del Espíritu de Dios que la coronan, simbolizan el triunfo, la victoria perenne de aquella cátedra sobre el mundo.

La cátedra de san Pedro elevada en el inconmensurable espacio de la inmensa basilica tiene mucho de respetuoso; siéntese allí el ambiente celestial que se respiraba en el *Sancta Sanctorum* de la antigua ley, y ni los mismos Pontífices se atreven, á pesar de su altísima dignidad, á sentarse en aquel lugar tremendo.

Por esto, frente á esta cátedra y debajo de ella está el altar en cuya privilegiada ara se inmola el incruento sacrificio.

Este altar, por mas rico y magnífico que fuese, no lo pareció bastante á Pio IX, quien se muestra dispuesto á aumentar la gloria del pontificado á medida que sus enemigos redoblan los embates; en su consecuencia mandó construir otro que estuviese en mayor armonía con el antiguo monumento de Bernini.

El altar, consagrado por el mismo Pontífice, fue dedicado á la santísima Virgen, á san Pedro y á todos sus santos sucesores.

¡Respuesta energética, palabra práctica dirigida por Pio IX á cuantos abrigan malévolas esperanzas sobre el decaimiento de las glorias cristianas!

Otra de las restauraciones importantes llevadas á efecto por Su Santidad es la de la Orden de los caballeros de Malta.

Cuando las luchas del Cristianismo en Oriente los guerreros de aquella Orden inclita hicieron admirables proezas, la fe se complació en crear en ellos gigantes de valor, mostrando así á la faz del mundo que el Dios de la paz es tambien el Dios de los ejércitos, y que si se complace en derramar las bendiciones de su amor sobre los olivos de la tranquilidad, sabe tambien bendecir de una manera eficaz las espadas desenvainadas por sus escogidos para vengar los insultos inferidos á su gloria.

Las vicisitudes europeas llevaron á la decadencia el esplendor de aquella antigua Orden, y Pio IX, cuya pródiga y perspicaz mirada alcanza á todas las ruinas para reedificar las grandezas que sepultan, creyó que los caballeros de Malta con un sistema de organizada hospitalidad podrian hacer mucho en bien de la Palestina, que tanto necesita de la asidua solicitud de los pastores cristianos.

Su Santidad confió el gran priorato de la Orden á su augusto pariente el cardenal Ferretti, distinguido por su celo en procurar el desarrollo de las empresas apostólicas.

Á maduro exámen sometieron el Papa y el gran Prior el plan de la restauracion, y despues de repetidas conferencias y consultas Pio IX aprobó en 1859 los siguientes acuerdos:

1.º El nuevo Instituto de san Juan de Jerusalem, fundado en Tierra Santa, será dirigido y gobernado por un sistema el mas simple posible. En consecuencia, por el momento deberá contentarse con el ejercicio de la hospitalidad, limitándose á resucitar en el lugar que fue su cuna, en las condiciones mas conformes á su primitivo Instituto, no esperando realizar ulteriores empresas, sino despues que el tiempo se las volverá posibles en razon de los poderosos medios que le proporcionarán las simpatías conquistadas por el jamás interrumpido ejercicio de su caridad, y por la industriosa práctica de colonizacion que parece le será fácil realizar, despues de los estudios ya emprendidos.

2.º En conformidad á la idea emitida, deberá procurarse en Jerusalem ó en sus alrededores un terreno capaz de contener un establecimiento en el que puedan ser acogidos dignamente los aspirantes á formar parte de la santa caballería, á fin de que los caballeros puedan recibir á los peregrinos, prestando una hospitalaria asistencia á cuantos la pidan y se hagan dignos de ella. La lugartenencia del magisterio del Orden declaró contar con los medios suficientes para llevar á cabo el establecimiento; pero estos medios se solidarán mejor con la convocacion en un Consejo de los jefes de los diferentes prioratos, pues que se puede contar por su parte con un apoyo decidido, al que se han mostrado dispuestos desde la primera noticia que recibieron del proyecto de restauracion.

3.º El nuevo hospicio de Tierra Santa se pondrá bajo la proteccion de la Santa Silla, que es el protectorado mas conveniente á la Orden de san Juan de Jerusalem, sea que se considere su carácter religioso, que es su distintivo, sea que se le tome razon de la independencia que siempre ha conservado, y que le importa mucho conservar.